



## **DEDICADO AL DR JULIO VICENTE URIBURU**

Tener un maestro es privilegio de pocos, compartir sus 90 años de edad es completar un sueño. Por eso queremos vivirlo una vez más, sólo con palabras. Palabras que van a avivar recuerdos de quienes lo conocen, y admiración de quienes por su temprana juventud no van a comprender el valor intrínseco de los sentimientos que da el tiempo, pero si a pensar que alcanzar la ciencia por lo que la ciencia significa necesita de un maestro, y nosotros lo tuvimos.

Qué difícil es saber cuándo comenzó a ser maestro, o cuándo lo sentimos como nuestro maestro.

En un principio era el Jefe. Al poco tiempo, además del Jefe pasó a ser el Profesor, y hasta podríamos tener una fecha. Lo que no podremos saber nunca es desde cuándo comenzó a ser maestro. Cada uno lo sintió maestro en un momento determinado, pero de a poco todos nos dimos cuenta que nunca comenzó a ser maestro; lo fue siempre porque tuvo el don de no querer serlo, condición absoluta para llegar a maestro.

Cuando lo sentimos maestro comenzamos a conocer al hombre. Y el hombre era su fe religiosa, su familia, su casa, sus libros, su humildad, y tantas cosas más.

Su fe religiosa no lo abandona nunca. Su amor a Dios es parte de su convencimiento y de su obligación como católico. El ayudar al prójimo ha sido una de sus metas, desde la simple dádiva al necesitado hasta el consejo a quien lo pedía.

Su familia se fue agrandando en hijos y nietos a medida que nosotros llegábamos a comprenderlo. Hoy el beso de ellos guarda una sensación extraña que uno experimenta únicamente cuando nos besa nuestra propia familia. Los que lo vivimos de cerca pasamos a sentirnos hijos.

Su casa pasó con los años del bullicio continuo de siete hijos por doquier al silencio de pocos, interrumpido ya a menudo por los mismos hijos cuando intentan calmar a los propios, pues los espacios y los escondites permiten nuevas travesuras.

Sus libros -la biblioteca- son el reflejo de su formación humanista de los primeros años, de la exigencia profesional en la adultez, de la necesidad de seguir recibiendo vida, y del convencimiento que siempre lo podrá hacer.

Su humildad de cuna lo hizo maestro. Enseñar todo lo que podía saber, aprender si fuera posible de aquellos a los que había enseñado, orientar, pero jamás reprochar.

Mas todavía hay un hoy, y esto es sublime: su familia, sus amigos, sus discípulos. Un hoy en que sigue recibiendo distinciones a las que llegaron muy pocos; un hoy en el que puede disfrutar el triunfo de los suyos; un hoy que nos da el inmenso placer de conversar muy cerca el uno del otro como si quisiéramos que nos apruebe algo sin que nadie nos escuche; un hoy en que necesitamos sus recuerdos para que podamos transmitirlos tal cual, porque ya son parte de la historia.

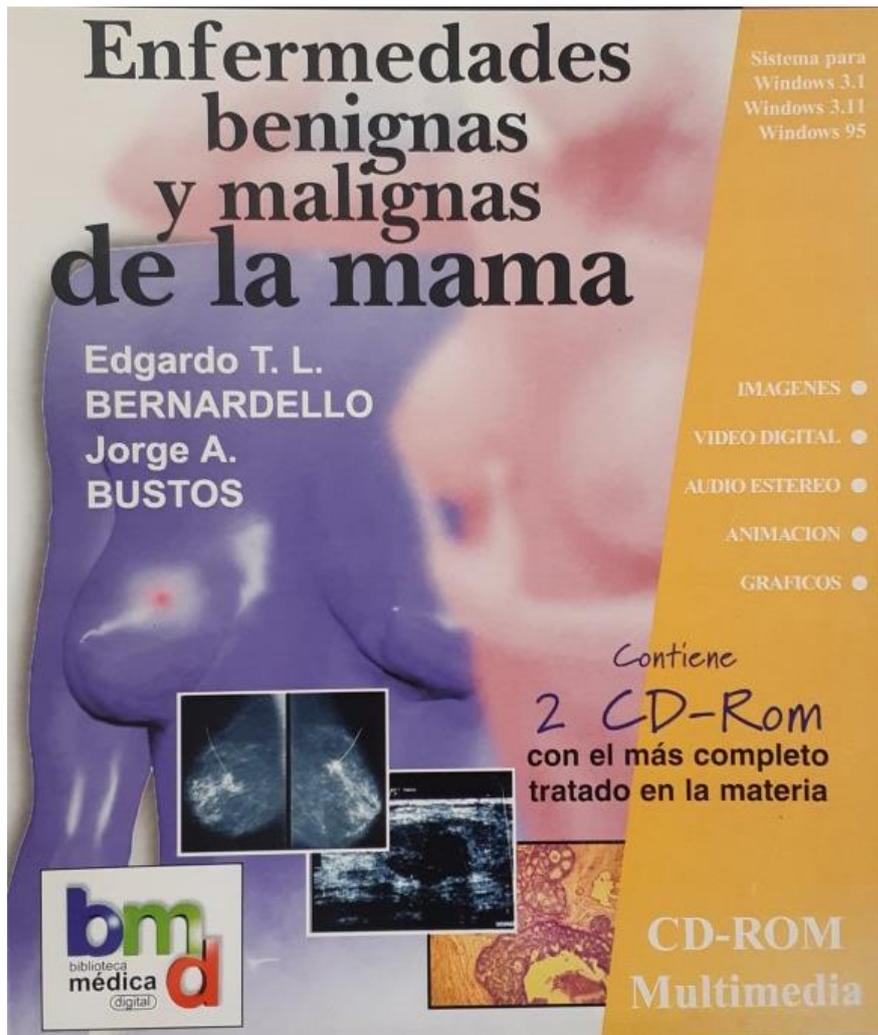
Qué lindo platicar del maestro sin necesidad de mencionar su profesión. Tal vez si así lo hubiéramos hecho fuese porque no teníamos palabras para mostrarlo como maestro. Aquélla ha quedado plasmada en cada uno de sus discípulos, y a través de ella revive su figura.

Cuando un hombre es reconocido por todos como maestro y llega a los 90 años, ya no interesa su profesión ni enumerar sus logros; interesa el hombre. Tampoco interesa si fue más maestro que tal o cual, porque el hombre maestro no tiene categorías, es maestro. Por eso ya no lo llamamos ni Doctor ni Profesor Uriburu; le decimos sencillamente Maestro.

AL MAESTRO EN SUS 90 AÑOS (Editorial)

Autor: Bernardello E

Publicación: Rev Argent Mastol 2001;20(68)173-4



ENFERMEDADES BENIGNAS Y MALIGNAS DE LA MAMA (CD  
Rom) 2 volúmenes

Autores: Edgardo Bernardello y Jorge Bustos

Editorial: McGraw-Hill Interamericana

Buenos Aires. 1998